

El Salto Cuántico - Capítulo I (7ma entrega)

Carlos Daniel Marchio

Image not found.

Capítulo 1

En la nave nodriza, los ocupantes permanecían en silencio, preocupados. Habían vivido todo por el audio. Jack Middlemass, el responsable al frente de los comandos y encargado de trasladar a su tripulación de regreso a Marte, era un hombre delgado de pelo oscuro y raleado cuyo rasgo sobresaliente lo representaba el par de gruesos lentes plateados apostados a toda hora sobre sus ojos. Podía catalogárselo como un naturista; a pesar de saber que los adelantos de la ciencia colaborarían en ocultar efectivamente sus problemas estéticos (capilares y de visión), prefería someterse a la menor cantidad posible de tratamientos físicos. Al igual que muchos de sus pares en Marte, los consideraba artificiales e invasivos. Rompió el mutismo abruptamente con una orden.

—Ink, Donaldson, Softingh: regresen a la nave en forma inmediata. En este instante, damos inicio a la fase dos.

La fase dos consistía en liberar 10 gruesas sogas de metal flexible desde su parte trasera, que asirían a Conqueror para remolcarlo hasta el Planeta Rojo.

—Señor, no hallé rastros de Spenter. Solicito algo más de tiempo para concluir mi tarea. Aún no he chequeado el ala este —contestó Softingh.

—Permiso denegado, Softingh. Regrese al módulo ahora mismo. Es una orden.

Las últimas palabras del comandante retumbaron firmemente en los oídos de todos, pero este no perdió la calma al pronunciarlas. Ya habían sufrido sendos disgustos en tan corto lapso y lo menos que necesitaban era un revés todavía más grave. Escasas

eran las probabilidades de que ocurriera algo peor de lo acontecido, mas no expondría a la gente a su cargo a correr el riesgo.

Una hora después, la misión de rescate emprendía el regreso al hogar, sumida en un silencio sepulcral, oyéndose solo el leve zumbido de los motores.

Cada uno se hallaba ensimismado en sus propios pensamientos. Los que asaltaban en esos momentos la mente del Middlemass eran los menos graves. Agradecía que los pocos testigos de esa experiencia fueran ellos y los científicos apostados tras sus potentes computadoras en el centro espacial marciano y algún que otro punto de observación perdido en el resto del Sistema Solar. Agradecía que a Edward Norton se le hubiera ocurrido la idea de no hacer del evento algo público para evitar un eventual shock masivo en el caso de que algo saliera como finalmente salió.

7.

Miles de ideas asaltaron la mente de Norton mientras se enteraba de los acontecimientos en el Disco Disperso. La primera y automática fue

preservar la triste tradición de su padre y tomar el mismo camino que él, acabando con su vida y dejando tras de sí dos generaciones de fracasos que, sabía, lo atormentarían hasta el fin de su existencia. Luego lo invadió una sensación completamente opuesta: pensó que los resultados de su hallazgo no eran otra cosa que un reto del destino, que debía llegar hasta el final de una honda investigación iniciada a partir de ese instante para dar a conocer al mundo lo que había sucedido. Terminó optando por abandonar su puesto de trabajo y dirigirse a su habitación a ahogar sus penas y frustraciones en alcohol.

Descubrió que no podía pensar fríamente con los hechos recién consumados y que lo haría mejor una vez recuperado de la borrachera en que pensaba sumirse. Tomó una botella de tequila de la gaveta que se encontraba por sobre la mesa del comedor, la destapó y apuró un largo trago que le quemó las entrañas a medida que las atravesaba. Al cabo de una hora, el resto de la bebida había corrido la misma suerte y el respetable científico que acababa de consumirla se convertía en un ser semiconsciente que solo atinaba a dirigirse tambaleándose de un lado a otro, maldiciendo y sollozando a la vez como un niño, mientras propinaba puñetazos a lo que osara interponerse en su camino. Concluyó por arrojar el envase de vidrio que tenía en su mano izquierda al tablero de la gigantesca computadora que le avisaba que recién había recibido un mensaje y deseaban contactarse con él. Afortunadamente, sus sentidos disminuidos afectaron su puntería y el proyectil no alcanzó su objetivo, que de otra forma hubiera sufrido un daño severo.

—¡Botella estúpida! —gritó con todas sus fuerzas. Limpió con el brazo las lágrimas de impotencia que recorrían su rostro y se desplomó sobre la cama, deseando no volver a despertar.

8.

El viaje de retorno se prolongó por cuatro largos años m(10) Los ojos de los astronautas se congestionaron producto de la emoción que causaba divisar el hogar a tan escasa distancia. Súbitamente, la inquietud en sus mentes por la resolución del misterio con el que se habían topado, y que aún no lograban develar, volvió a golpearlos tan fuerte como el primer día, a pesar del sueño criogénico que los mantuvo "ausentes" la mayor parte del período. Dos robustas naves cargueras no tripuladas, que se hallaban prácticamente a la misma distancia del planeta que los satélites artificiales que lo rodeaban, aguardaban impasibles la llegada, con la delicada misión de asistir el descenso de Conqueror, asíéndose a ambos lados para remolcarla literalmente hablando hasta su destino final. El proceso total tomó ocho horas, durante las cuales la nave de rescate soltó su presa y las dos nuevas realizaron su trabajo a la perfección, comandadas por las hábiles manos de los expertos apostados en la base. El amortizaje fue impecable.

Una centena de personas autorizadas fueron al encuentro de los recién llegados apenas se detuvieron los motores, pero solo la cuarta parte asistió a Middlemass y su grupo. Del resto, únicamente tres agentes accedieron al transbordador que llevaba dos cuerpos congelados y mil interrogantes, con el objeto de verificar que todo estuviera en orden (dentro de los parámetros esperados) y así dar el visto bueno para iniciar una nueva etapa: la de extracción de las cámaras que contenían los mencionados cuerpos y la revisión minuciosa de cada rincón para intentar dar con el tercero. Ese era el objetivo de los demás. La operación se efectuó y su finalización dio pie a la siguiente.

Un hombre situado a 20 metros de distancia de la nave accionó los controles del vehículo en que se hallaba, y este disparó desde el cañón instalado en su parte delantera un rayo láser azul que abrió un agujero de 15 metros de diámetro en la parte lateral de la primera. El metal cedió como si se tratara de liviano aluminio. En la boca de la abertura se situó un autoelevador y todo estuvo listo para el descenso de las cámaras. Las dimensiones de estas impedían aplicar métodos más ortodoxos para cumplimentar el trámite: los accesos no contaban con el tamaño adecuado. Mientras tanto, 23 almas continuaban recorriéndola, buscando afanosamente aunque en vano a Spenter o algún rastro de él. Otras 10 se ocuparon de desprender las jaulas de hielo que contenían a los astronautas, abriendo los seguros que las mantenían sujetas al piso, y de llevarlas con sumo cuidado hasta la salida improvisada. Una vez estas en el suelo, hizo su aparición un gigantesco camión con su acoplado correspondiente, en donde fueron colocadas para ser trasladadas con su contenido hasta el Centro

Hospitalario Newark, el de mayor envergadura del planeta. El lugar disponía de la última tecnología en materia de cuidados intensivos, y por lo tanto contaba con los medios necesarios como para atender a los astronautas en caso de urgencia, si algo salía mal durante el proceso de la rehabilitación. El año anterior, el presidente en persona había inaugurado la Sala de Atención Criogénica, dada la gran demanda de servicios de lo que se convirtió en una industria de expansión meteórica. A pesar del alto costo de la atención, muchas familias tenían por lo menos uno o dos miembros que padecían enfermedades incurables y que estaban dispuestos a ser congelados hasta tanto se encontrara una solución para sus males, o simplemente otros que gozaban de plena salud y solo deseaban revivir en un futuro lejano que les hubiera sido imposible palpar de otro modo.

10) A partir de este punto, se discriminarán los años marcianos de esa forma.